

la crisis decisiva en la oración personal

(según un texto de S. Juan de la Cruz)

Juan de la Cruz es un maestro indiscutible en el terreno de la oración personal, pero tiene el inconveniente de expresarse muchas veces en términos demasiado escolásticos para que sus enseñanzas lleguen al gran público. Pero si estas mismas enseñanzas se vacían en nuevos moldes resultan perfectamente asequibles, y pueden constituir una ayuda considerable para resolver los problemas más acuciantes de la vida interior.

El texto que comentamos se encuentra en la canción tercera de la Llama de Amor Viva, en el momento en que habla de la oración más sublime, en que se realiza la unión con Dios¹. Sin embargo, tiene su explicación el que vuelva atrás en cierto modo, porque se da cuenta de que hay muchas personas que no llegan a la oración contemplativa de unión con Dios, porque no han sido aconsejadas debidamente en el momento en que lo necesitaron de verdad. Esta desorientación en el momento más delicado de la vida de relación interna con Dios suele traer consigo el fracaso de la vida de oración y de toda la vida del espíritu.

En los números 29-69 de la tercera canción se habla de los enemigos que tiene la persona a la hora de intentar unirse a Dios siguiendo los impulsos interiores que siente. Son, según Juan de la Cruz, el director espiritual, el demonio y la propia persona que hace oración. Los números 29-62 son los que hablan del director espiritual (o del consejero, o de la persona de confianza, que en este caso es lo mismo) y los que contienen su punto de vista sobre cómo solucionar la crisis que se presenta, y de cuya acertada solución depende todo el futuro de la vida interior. El resto del texto es mucho más breve, y no añade nada a lo que expone hablando del director espiritual.

1. JUAN DE LA CRUZ, **Obras Completas**, B A C, Madrid 1964. En las citas daremos la división de los párrafos en números, en lugar de dar las páginas, para que sirvan también a quien no disponga de la edición que citamos. El texto en cuestión se halla en los núms. 29-62 de la tercera canción de la **Llama de Amor Viva**.

Una persona clave: el consejero

Juan de la Cruz aconseja que se tenga una persona de confianza que pueda ayudar a que la evolución de la vida de oración se produzca de modo correcto, pero previene contra los inconvenientes que pueden encontrarse, porque considera que no son muchas las personas dotadas suficientemente para secundar la obra que hace Dios en los demás². En este sentido da una serie de pautas que orienten a la hora de saber si alguien reúne las condiciones requeridas.

El consejero elegido debe ser persona instruida en estos temas, dotada de discreción, y que haya experimentado las vías interiores por las que intenta ayudar a orientarse a otros. Y de estas cualidades la que más importancia tiene es la experiencia. Sin ésta no hay garantías de que el proceso se lleve adelante con éxito. Pero además, dicha persona debe ser suficientemente modesta como para no pensar que ella tiene en sí todos los resortes que el otro necesita para su relación con Dios. De manera que si la persona aconsejada quisiera cambiar de consejero, éste debe darle toda clase de facilidades para que haga lo que crea más conveniente. En ningún caso son justificables los ataques de celos que sufren algunos directores, echando en cara a las personas que se aconsejan con ellos el que los dejen, porque eso es dificultarles el poder cambiar, y encontrar quizá lo que con él no encuentran. Deben hacer precisamente lo contrario: poner buena cara si es necesario, para que la persona no se sienta condicionada a la hora de elegir con quién tratar sus problemas. De esta manera cada cual se podrá aconsejar con absoluta libertad con aquel consejero que mejor le vaya a sus características peculiares, y exclusivamente mientras vea que le va bien con esa persona en concreto³.

Todavía es menos justificable el papel de algunos directores espirituales que desaconsejan todo lo que sea entrega especial a Dios, como podría ser la vida religiosa, o sacerdotal, o apostólica. En estos casos están mostrando que no poseen la vida interior que se necesita para comprender las paradojas que Dios obra en las personas. Su actitud de contradecir al Espíritu, cuando éste quiere llevar a las personas a una entrega más profunda, está en contradicción flagrante con su papel de intérprete de las mociones de ese mismo Espíritu. Hay de esta forma directores espirituales que no sólo estorban la acción de Dios en la oración, sino todo el esfuerzo que hace por llevar a las personas por los caminos que a El le parecen más convenientes para ellas. Aquí se convierten en guardas y defensores de algo que nadie les ha encomendado, porque una cosa es dar a conocer las dificultades reales de la vida religiosa (por ejemplo), y otra muy distinta procurar quitar dicha idea de la cabeza a toda costa, sin pararse a averiguar si Dios está moviendo esos deseos para que se lleven a cabo. De todo esto se deduce la importancia de un buen consejero, que no busque llevar adelante sus propios puntos de vista, sino que intente secundar la obra misma de Dios en los hombres⁴.

2. **Llana de Amor Viva**, Canción 3.ª, núm. 30.

3. *Ibidem*, núms. 59-61.

4. *Ibidem*, núm. 62.

Síntomas de aparición de la crisis

Todos cuantos empiezan a hacer oración de un modo personal tienden a hacer actos interiores, a base de ideas, o de afectos, o de ambas cosas entremezcladas. Esta forma de orar produce satisfacción interior al principio, y conjuntamente la impresión de que uno mismo provoca de alguna manera esa experiencia interior agradable. Se llega incluso a creer que, dados determinados elementos, se produce necesariamente la consolación interior (término que hace alusión a esa situación interna de alegría, o paz, o iluminación, o todo mezclado, que es propia de la unión con Dios en los distintos momentos de la vida de oración), y se tiende a buscarlos para que esa alegría interna vuelva a producirse. Estas circunstancias, que tienen a nuestros ojos el valor de un talismán, pueden ser elementos como una canción bonita, o un sitio agradable, o un libro que motiva o estimula.

Esta situación, que se da a los comienzos de la vida de oración, entra en crisis bastante pronto, presentando síntomas alarmantes para quien no conoce la forma de obrar Dios en estos casos. La persona ha ido identificando insensiblemente la oración bien hecha con «pasarla bien» en la oración, aunque en teoría sepa que estas dos realidades no tienen por qué ir unidas necesariamente. Ahora el panorama cambia bastante radicalmente, porque esos mismos elementos que antes unían (o parecía que unían) a la persona con Dios pierden su transparencia, y de ayudas para esa relación interpersonal se convierten en obstáculos molestos, sin que uno sepa en el fondo cómo se ha dado esa transformación y cómo poner remedio a lo que empieza a cobrar aspecto de desastre incipiente.

Juan de la Cruz intenta tranquilizar a quien se encuentra en este estado, haciéndole ver que no se haya en bancarrota, sino en el umbral de una intimidad divina realmente profunda, y sin las trabas que hasta entonces ha tenido. El sujeto que ha hecho oración hasta ahora se ha estado apoyando en una serie de elementos sensibles y externos, a los que consideraba como el cañamazo indispensable para sus relaciones con Dios. Pero de hecho estas realidades intermedias estaban mediatizando y desvirtuando la relación de persona a persona que Dios quiere entablar a la menor oportunidad que se le dé. Desde ahora el orante no va a necesitar de ningún tipo de ayuda «sensib'le» para relacionarse con Dios, aunque le vendrá muy bien en los momentos en que a Dios mismo le parezca conveniente⁵.

Por todo ello es de importancia vital que la persona se adapte a la nueva situación, en que Dios empieza a tomar la iniciativa, y que abandone las pretensiones de seguir conduciendo ella personalmente los destinos de su vida interior. Lo que más desconcertará a quien ora al llegar a este punto es que Dios no se va a acoger a los elementos sensibles que aprovechaba antes para relacionarse ambos. La oración cambia de rumbo, y la pedagogía con que se

5. *Ibíd.*, núm. 32.

ha de enfocar debe ser diferente por completo. Si antes se preparaban textos y temas para la oración, ahora habrá que prescindir de ellos, si no quiere uno que la oración acabe en verdadero desastre. Si una música en concreto llevaba a Dios, ahora esa misma música se puede convertir en obstáculo insalvable, y habrá que prescindir de ella, no por ser música, sino por la esperanza que generaba de que cada vez que se interpretaba se producía el recogimiento interior que desembocaba en el consuelo en la oración. Esto no significa que lo externo ahora no ayude ya a la vida interior, sino que será Dios quien seleccionará los elementos externos que ayuden, y que pueden ser en un momento dado los que ofrecen menos confianza a quien va a hacer oración⁶.

Razones que justifican la crisis

Juan de la Cruz explica el motivo de que se produzca un cambio tan radical, en que lo que antes sentaba bien ahora da la impresión de dañar, y viceversa. Dios no vive su vida desgranada en actos diversos consecutivos, ni dividida en una sucesión temporal, como la nuestra, que se prolonga a través del tiempo. El lo vive todo conjuntamente, y todas sus vivencias están unidas de modo inseparable, de tal manera que no se pueden separar temporalmente como las de nosotros, que hoy amamos, mañana odiamos, y al otro nos aburrirnos. De este modo, cuando va tomando confianza con alguien, tiende necesariamente a simplificarla interiormente en sus reacciones y en sus afectos.

Por eso, al llegar este momento, Dios se comunica de un modo simple, sencillo, en que lo único que predomina es la sensación general de estar con alguien a quien se quiere, con un sentimiento amoroso algo vago, pero relacionado con Dios mismo. Incluso hay momentos en que hasta ese sentimiento amoroso vago desaparece, produciendo la impresión de que se está perdiendo el tiempo, cuando no de que se está faltando a las condiciones mínimas para que la oración funcione. Sin embargo, la acción directa de Dios en el espíritu es de mucho más valor que todos los métodos y sistemas que se puedan ocurrir a la persona que ora, porque Dios es el único que conoce de verdad cómo somos, y qué es lo que más nos conviene en nuestras relaciones con El⁷.

Dios procura que experimentemos la falta de eficacia que tiene todo lo que no sea El mismo para conducirnos a su intimidad. De ahí que produzca rechazo interior a todo lo que no sea El cuando se intenta orar. La persona, dice Juan de la Cruz, pretende entender y hacerse cargo de lo que le está sucediendo, y esto es imposible, porque Dios supera la capacidad de comprensión de nuestro entendimiento y nos desconcierta, de la misma manera que un foco de luz nos ayuda a leer si se enfoca hacia un libro, pero nos ciega si se dirige directamente hacia los ojos. De esta manera llega a decir que el no entender qué es lo que nos está sucediendo es una señal clara de que las cosas van bien, en con-

6. *Ibíd.*, núm. 33.

7. *Ibíd.*, núms. 34-35.

tra de lo que nos indica nuestra sensibilidad. Y lo mismo que sucede con la parte intelectual de la persona sucede con la afectiva. El amor y la atracción que se sienten hacia Dios en estas circunstancias son globales y confusos, sin demasiadas distinciones de afectos, porque responden a la forma misma de ser de Dios. Quien intentara en esta situación desgranar las ideas o los afectos como las cuentas de un rosario, estaría actuando contra corriente, porque en esa circunstancia intenta Dios que la persona se contagie de su propia sencillez vital⁸.

Caminos que se abren en el espíritu

Lo primero que experimenta la persona en su interior es una inclinación hacia la soledad. Es cierto que la soledad sólo horroriza a quien se encuentra vacío interiormente, y aquí se llena uno de Dios, y la soledad no pesa. Incluso cambian los gustos. Si antes se sentía uno inclinado a mezclarse en toda clase de actividades para huir del vacío interior que podía sentirse, ahora sucede exactamente al revés. La persona se siente llamada como desde dentro, y ese atractivo interior es tan fuerte, que pierden su encanto las cosas o las situaciones en que habíamos buscado nuestra felicidad en el pasado. Creo que la mejor forma de expresar lo que es esta soledad la ha encontrado el mismo Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual cuando la llama «soledad sonora». En esta soledad se siente uno acompañado de la persona a la que se quiere, y el deseo de mantener esa intimidad a cubierto de las miradas indiscretas hace que sea enormemente apetecible⁹.

La impresión que se tiene en este modo de relacionarse con Dios es la de no hacer nada útil. A semejanza de dos enamorados a quienes se les pasan las horas estando juntos. No se puede decir que esos enamorados empleen su tiempo en nada utilitario, pero resulta evidente que su amor, alimentado en esos ratos de convivencia será el motor que les permitirá superar con acierto las dificultades que se les presenten en su futura convivencia matrimonial. Y Juan de la Cruz advierte que es raro el director espiritual que comprende que no se está perdiendo el tiempo en este momento. De esta manera impulsan a un activismo que sólo tiene justificación en su mentalidad, obtusa para la obra de Dios, y cargan la conciencia de quien tiene tales experiencias, en lugar de ilustrar a esas personas sobre lo que les está ocurriendo, y animarlas a ser fieles a la acción de Dios en su espíritu¹⁰.

No hay que olvidar que es Dios el único que conoce todos los resortes de la personalidad humana, y quien solamente nos puede llevar a feliz término en nuestro deseo de responder a su llamada. A nadie se le ocurre ponerse en camino sin consultar un buen mapa. Y sin embargo, en cuestiones de oración son muchas las personas que caminan a tontas y a locas, con la conciencia

8. *Ibíd.*, núm. 48.

9. *Ibíd.*, núm. 38.

10. *Ibíd.*, núms. 43-45.

tranquilizada a medias solamente. Porque si bien es verdad que trabajan lo que pueden, e incluso se dejan la vida en el empeño, los resultados son tan catastróficos, que su propia experiencia les está demostrando que no han elegido el camino más conveniente para llegar a Dios.

Y si no se sabe bien cuál es el camino por el que Dios quiere llevarme, lo razonable es estarme quieto hasta que me aclare o Dios me oriente, no echar a andar sin saber hacia dónde, con la única excusa de que yo «hago lo que puedo» y «me esfuerzo» por encontrar el camino. Porque lo que se nos pide en esta situación no es nuestro esfuerzo, sino la docilidad a la acción de Dios, porque de lo contrario todo el esfuerzo será baldío, encontrándonos al final del proceso agotados y solos. Es el momento de prescindir absolutamente de todo aquello que nos ha servido de agarradera para consolarnos en el camino del espíritu. Si la entrega y la confianza respecto a Dios no vienen a sustituir a nuestras estrategias personales, nos encontraremos al final en un callejón sin salida¹¹.

La persona debe quedar expuesta a la acción de Dios, como alguien que está mojado se pone al sol, para que sus rayos lo sequen. Esta disposición interna de saber esperar, aunque en apariencia no se experimente nada, puede resultar desesperante en algunos momentos, sobre todo para quien está acostumbrado a revolver Roma con Santiago para todo lo que emprende en la vida. Aquí se sitúa el espíritu en actitud de espera, y lo que Dios da a sentir en determinados momentos, cuando se le desea y se le aguarda, no se cambia por nada del mundo. Porque Dios se emociona cuando ve a una persona que todo lo espera de El, y responde con la generosidad y el amor que le son característicos. Y no se refiere Juan de la Cruz a fenómenos extraordinarios, como arrebatos místicos o cosas semejantes. El subraya que cuando se dan estas cosas es señal de que la persona no está todavía suficientemente identificada con la forma de ser de Dios. Lo que se produce es lo mismo que prometió Jesús a sus discípulos cuando resucitó: la paz. Una paz y una felicidad profundas, que nadie es capaz de arrebatar del fondo de la persona, porque a esos niveles sólo Dios tiene acceso¹².

En este estado de cosas la memoria o la imaginación no tienen nada que decir. Es evidente que no sirven para que la persona progrese en la intimidad con Dios, pero a muchas personas les parece que son algo así como la polilla de la oración, por la facilidad con que se dedican a pensar en cualquier otra cosa, que no sea esa presencia de Dios que se actúa especialmente en esos momentos. La memoria y la imaginación, con sus distracciones, no pueden cerrar el paso a la acción de Dios. Por eso no deben inquietar a quien va a la oración con deseo de encontrarse con Dios, y resulta que acaba saliendo por los cerros de Ubeda. Eso a Dios no le estorba; y más bien le ayuda a mantenernos en nuestras propias dimensiones, para que no creamos que determinados momentos de intimidad con El se deben a lo «concentrados» que estamos en su presencia. Por eso no es raro que en este tipo de oración las distracciones

11. *Ibidem*, núm. 46.

12. *Ibidem*, núm. 47.

anden por la cabeza de quien ora como por su propia casa. Lo importante es saber que no pueden dañar aunque quisieran, porque no es en ese nivel donde trabaja Dios lo profundo de nuestro ser.

El motor de la vida cristiana

Ya hemos visto antes la tendencia a considerar este tipo de oración como ociosidad por parte de algunos consejeros espirituales, a pesar de la poca razón que tienen para opinar así. Sin embargo, conviene decir algo más concreto de por qué no tienen razón.

Como se ve, toda la oración, en este estadio en que Dios coge las riendas de la persona para llevarla por los caminos que El quiere, se centra prácticamente en vivir momentos de amor junto a la persona amada. Y no hay mayor aparente pérdida de tiempo que la de dedicarse a fomentar el amor, para quien concibe la vida del espíritu como una especie de proyecto a realizar, en el que la persona cuadrícula y encasilla su actividad futura, para servir a Dios, pero sin preguntarle previamente a El si le agrada ser servido de esa manera. Y hay quienes opinan que un tipo de oración como la que hemos descrito sólo puede desembocar en «satisfacción egocéntrica» de la persona, sin proyección en la vida eclesial y humana, en forma de entrega sin condiciones.

Esto se puede pensar por dos razones diferentes. Por opinar que en este tipo de oración no se encuentra uno con Dios, sino con su propio yo, en cuyo caso todos estamos de acuerdo en que este «supuesto modo de hacer oración» es un engañoso, apto para aburrirse todavía más los individuos que no estén suficientemente aburridos en la vida. Pero si se opina que en este tipo de oración hay verdadero encuentro con Dios, no es coherente pensar entonces que todo va a desembocar en egocentrismo puro, pues Dios es altruista hasta la entraña de su ser, e irremediabilmente contagia ese altruismo a quien se deja tratar por El. De ahí que la realidad sea que las personas que llevan la oración por estos derroteros, llevan una vida entregada a los demás impropia, sólo en apariencia, de quien se dedica a la contemplación en la forma en que la hemos descrito. Nadie que viva en contacto íntimo con Dios puede cerrarse a las necesidades de los demás, y a la exigencia de predicar el evangelio. La diferencia estará en que mientras otros lo hacen por perfección, o por santidad, o por obligación, ellos lo hacen por amor. Que lo mismo que la armonía de un matrimonio depende en su mayor parte del amor que se tengan, la unión con Dios y la identificación con su obra de salvación dependen fundamentalmente del amor que se le profese.

Y aunque parezca que de momento no se producen frutos visibles en la conducta de la persona que tiene este modo de relacionarse con Dios, en su momento aparecerán, como asegura el mismo Juan de la Cruz:

«Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad es inestimable bien, a veces mucho más que el alma ni el que la trata pueden pensar. Y aunque entonces no se echa tanto de ver, ello lucirá a su tiempo»¹³.

13. *Ibídem*, núm. 39.

El tiempo de Dios es de distinta medida que el nuestro. A medir el tiempo de Dios nos puede ayudar la naturaleza. Un árbol se puede cortar en unos minutos, pero hacer otro de mediana envergadura cuesta alrededor de veinte años y, en algunos casos, bastante más. También aquí puede parecer al principio que se está malgastando el tiempo y que sería preferible volver a «lo seguro». Sería un error de consecuencias fatales. Lo mismo que a nadie se le ocurre tirar hacia arriba de una espiga para hacerla crecer más aprisa, nadie debe pretender imponerle a Dios el paso que se ha de llevar en la propia vida espiritual. Lo sensato y razonable es estar a su disposición, para que El nos indique los caminos por los que quiere que discurramos en la vida.

No quisiera acabar estas páginas sin invitar a quien las haya leído a leer el texto original de Juan de la Cruz. Lo que aquí se ha dicho sólo intenta ser una introducción pedagógica para entender mejor ese texto. Porque si es importante que la persona que trata de esto sea experimentada, difícilmente se encontrará una que haya llegado a un nivel de experiencia superior al de Juan de la Cruz y tenga palabras capaces de expresarlo mejor de como él lo expresa.

Antonio M. Navas